



## **DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS**

### **1º Carta de Juan, 4**

1. Queridos míos, no se fíen de cualquier inspiración. Examinen los espíritus para ver si vienen de Dios, porque andan por el mundo muchos falsos profetas.
2. ¿Quieren reconocer al espíritu de Dios? Todo espíritu que reconoce a Jesús como el Mesías que ha venido en la carne, habla de parte de Dios.
3. En cambio, si un inspirado no reconoce a Jesús, ese espíritu no es de Dios; es el mismo espíritu del Anticristo. Han oído que vendría un anticristo: pues bien, ya está en el mundo.
4. Ustedes, hijitos, son de Dios, y ya han logrado la victoria sobre esa gente, pues el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo.
5. Ellos son del mundo, por eso su lenguaje es el del mundo, y el mundo los escucha.
6. Nosotros, en cambio, somos de Dios; el que conoce a Dios nos escucha, pero el que no conoce a Dios no nos hace caso. Así es como reconocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.
7. Queridos míos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.
8. El que no ama no ha conocido a Dios, pues Dios es amor.

### **1º Carta de Juan, 5**

1. Todo el que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios. Si amamos al que da la vida, amamos también a quienes han nacido de él;
2. y por eso, cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandatos, con toda certeza sabemos que amamos a los hijos de Dios.
3. Amar a Dios es guardar sus mandatos, y sus mandatos no son pesados.
4. Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo, y la victoria en que el mundo ha sido vencido es nuestra fe.
10. Quien cree en el Hijo de Dios está guardando en sí la declaración de Dios. Quien no cree, hace a Dios mentiroso, ya que no cree al testimonio de Dios en favor de su Hijo.
11. Pues bien, este es el testimonio: que Dios nos ha dado la vida eterna, y que dicha vida está en su Hijo.
12. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.
13. Les he escrito, pues, a ustedes que creen en el Nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna.
14. Con él tenemos la certeza de que, si le pedimos algo conforme a su voluntad, nos escuchará.
15. Y si nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya tenemos lo que le hemos pedido.
16. Si alguno ve a su hermano en el pecado, -un pecado que no ha traído la muerte-, ore por él y Dios le dará vida. (Hablo de esos pecadores cuyo pecado no es para la muerte). Porque también hay un pecado que lleva a la muerte, y no pido oraciones en este caso.
17. Toda maldad es pecado, pero no es necesariamente pecado que lleva a la muerte.
18. Sabemos que el que ha nacido de Dios no peca, pues lo protege lo que en él ha nacido de Dios, y el Maligno no puede tocarlo.
19. Sabemos que somos de Dios, mientras el mundo entero está bajo el poder del Maligno.
20. Sabemos también que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al que es Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo; ahí tienen el Dios verdadero y la Vida eterna.
21. Hijitos, guárdense de los ídolos.

### **REGLAS DE DISCERNIMIENTO DEL ESPIRITU**

#### **San Ignacio de Loyola**



**[313] REGLAS PARA EN ALGUNA MANERA SENTIR Y CONOCER LAS VARIAS MOCIONES QUE EN LA ANIMA SE CAUSAN: LAS BUENAS PARA RECIBIR Y LAS MALAS PARA LANZAR, Y SON MAS PROPIAS PARA LA PRIMERA SEMANA.**

[314] La primera regla. En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el síndrome de la razón.

[315] La segunda. En las persona que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

[316] La tercera, de consolación espiritual. Llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y consequntar, cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza. Finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad, y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

[317] La cuarta, de desolación espiritual. Llamo desolación todo el contrario de la tercera regla, así como oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Porque, así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación.

[318] La quinta. En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque, así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.

[319] La sexta. Dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.

[320] La séptima. El que está en desolación considere cómo el Señor le ha dejado en prueba, en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta: porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole también gracia suficiente para la salud eterna.

[321] La octava. El que está en desolación trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla.



[322] La nona. Tres causas principales son porque nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros; la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias, la tercera, por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor; y porque en casa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación.

[323] La décima. El que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces.

[324] La undécima. El que está consolado procure humillarse y bajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.

[325] La duodécima. El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado. Porque, así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura: de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huida sus tentaciones cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el opósito per diametrum; y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.

[326] La terdéeima. Asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubiert. Porque, así como el hombre vano, que, hablando a mala parte, requiere a una hija de un buen padre o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y sus acciones sean secretas; y el contrario le displace mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionas a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre a su buen confesor, o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa; porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos.

[327] La catordecima. Asimismo se ha como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca, de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando, mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales, y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.

**[328] REGLAS PARA EL MISMO EFECTO CON MAYOR DISCRECION DE ESPIRITUS, Y CONDUCEN MAS PARA LA SEGUNDA SEMANA.**



[329] La primera. Propio es de Dios y de sus ángeles, en sus mociones, dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias.

[330] La segunda. Sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún obyekto por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

[331] La tercera. Con causa puede consolar al ánima así el buen ángel como el malo, por contrarios fines: el buen ángel por provecho del ánima, para que crezca y suba de bien en mejor; y el mal ángel para el contrario, y adelante para traerla a su dañada intención y malicia.

[332] La cuarta. Propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota y salir consigo, es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a la tal ánima justa, y después poco a poco procura de salirse, trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

[333] La quinta. Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala, o distrativa, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

[334] La sexta. Cuando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina y mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fue de el tentada mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le trajo y el principio de ellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia, conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños.

[335] La séptima. En los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor tocan los sobredichos espíritus contrario modo. Cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o similar, porque, cuando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y cuando es similar, entra con silencio, como en propia casa a puerta abierta.

[336] La octava. Cuando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño, por ser de solo Dios nuestro Señor, como está dicho [330], pero la persona espiritual, a quien Dios da la tal consolación, debe con mucha vigilancia y atención mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación del siguiente, en que la ánima queda caliente y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo, por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu, o por el malo, forma diversos propósitos y pareceres que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y, por tanto, han menester ser mucho bien examinados, antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto.

## **REGLAS PARA RECONOCER LOS ESCRUPULOS**



**[345] PARA SENTIR Y ENTENDER ESCRUPULOS Y SUASIONES DE NUESTRO ENEMIGO, AYUDAN LAS NOTAS SIGUIENTES.**

[346] La primera. Llamam vulgarmente escrúpulo el que procede de nuestro propio juicio y libertad, es a saber, cuando yo libremente formo ser pecado lo que no es pecado; así como acaece que alguno, después que ha pisado una cruz de paja incidenter, forma con su propio juicio que ha pecado; y éste es propiamente juicio erróneo y no propio escrúpulo.

[347] La segunda. Después que yo he pisado aquella cruz, o después que he pensado o dicho o hecho alguna otra cosa, me viene un pensamiento de fuera que he pecado y, por otra parte, me parece que no he pecado, también siento en esto turbación, es a saber, en cuanto dudo y en cuanto no dudo: éste tal es propio escrúpulo y tentación que el enemigo pone.

[348] La tercera. El primer escrúpulo de la primera nota es mucho de aborrecer, porque es todo error; mas el segundo de la segunda nota, por algún espacio de tiempo no poco aprovecha al ánimo que se da a espirituales ejercicios; antes en gran manera purga y alimpia a la tal ánimo, separándola mucho de toda apariencia de pecado, iuxta illud Gregorii: "Bonarum mentium est ibi culpam cognoscere, ubi culpa nulla est".

[349] La cuarta. El enemigo mucho mira si una ánimo es gruesa o delgada; y si es delgada, procura de más la adelgazar en extremo, para más la turbar y desbaratar; verbi gracia: si vee que una ánimo no consiente en sí pecado mortal ni venial ni apariencia alguna de pecado deliberado, entonces el enemigo, cuando no puede hacerla caer en cosa que parezca pecado, procura de hacerla formar pecado adonde no es pecado, así como en una palabra o pensamiento mínimo. Si la ánimo es gruesa, el enemigo procura de engrosarla más, verbi gracia: si antes no hacía caso de los pecados veniales, procurará que de los mortales haga poco caso, y si algún caso hacía antes, que mucho menos o ninguno haga ahora.

[350] La quinta. La ánimo que desea aprovecharse en la vida espiritual, siempre debe proceder contrario modo que el enemigo procede, es a saber, si el enemigo quiere engrosar la ánimo, procure de adelgazarse; asimismo, si el enemigo procura de atenuarla, para traerla en extremo, la ánimo procure solidarse en el medio, para en todo quietarse.

[351] La sexta. Cuando la tal ánimo buena quiere hablar o obrar alguna cosa dentro de la Iglesia, dentro de la inteligencia de los nuestros mayores, que sea en gloria de Dios nuestro Señor, y le viene un pensamiento o tentación de fuera para que ni hable ni obre aquella cosa, trayéndole razones aparentes de vana gloria o de otra cosa, etcétera, entonces debe de alzar el entendimiento a su Criador y Señor; y si vee que es su debido servicio, o a lo menos no contra, debe hacer per diametrum contra la tal tentación, iuxta Bernardum eidem respondentem: "Nec propter te incepti, nec propter te finiam".



## DON DEL DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

### 1º Carta a los Corintios, 12

1. Ahora, hermanos, les recordaré lo siguiente respecto a los dones espirituales.
2. Cuando aún eran paganos, perdían el control de sí mismos al ser llevados a sus ídolos sin voz ni vida.
3. Ahora les digo que ninguno puede gritar: «¡Maldito sea Jesús!» si el espíritu es de Dios; y nadie puede decir: «¡Jesús es el Señor!», sino con un espíritu santo.
4. Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo.
5. Hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo.
6. Hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos.
7. La manifestación del Espíritu que a cada uno se le da es para provecho común.
8. A uno se le da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu;
9. a otro, el don de la fe, por el Espíritu; a otro, el don de hacer curaciones, por el único Espíritu;
10. a otro, poder de hacer milagros; a otro, profecía; a otro, **reconocimiento de lo que viene del bueno o del mal espíritu**; a otro, hablar en lenguas; a otro, interpretar lo que se dijo en lenguas.
11. Y todo esto es obra del mismo y único Espíritu, que da a cada uno como quiere.
12. Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también Cristo.

### Don de discernimiento de espíritus

Toda conducta moral puede resumirse en la norma: evitar el mal y hacer el bien. En el lenguaje del ascetismo cristiano, *espíritus*, en el sentido amplio, es el término aplicado a ciertas influencias complejas, capaces de impulsar la voluntad, de unos hacia el bien, de otros hacia el mal; tenemos el espíritu mundano de error, el espíritu del tiempo, el espíritu del cristianismo, etc. Sin embargo, en el sentido restringido, los *espíritus* indican los agentes espirituales diversos que, por sus sugerencias y movimientos, pueden influir en el valor moral de nuestros actos.

Aquí hablaremos sólo de este segundo tipo, los cuales se reducen a cuatro, entre ellos, en cierto modo, el alma humana misma, porque como consecuencia de la caída original, sus facultades inferiores están en contradicción con sus facultades superiores. La concupiscencia, es decir, alteraciones de la imaginación y errores de la sensibilidad, que impiden o perturban el funcionamiento del intelecto y la voluntad, al apartar al uno de la verdad y a la otra del bien (Gén. 8,21, Stgo. 1,14). En oposición a nuestra naturaleza viciada o, por decirlo así, a la *carne*, que nos arrastra hacia el pecado, el Espíritu de Dios actúa en nosotros por la gracia, una ayuda sobrenatural prestada a nuestro intelecto y voluntad para llevarnos de regreso al bien y al respeto de la ley moral (Rom. 7,22-25). Además de estos dos espíritus, lo humano y lo divino, en el orden real de la Providencia, se debe observar otros dos. El Creador ha querido que exista la comunicación entre los ángeles y los hombres, y como los ángeles son de dos tipos, buenos y malos, estos últimos tratan de ganarnos para su rebelión y los primeros tratan de hacernos sus compañeros en la obediencia. Por lo tanto cuatro espíritus ponen sitio a nuestra libertad, lo angélico y lo divino que buscan su bien, y el humano (en el sentido mencionado hasta aquí) y el diabólico buscando su miseria. En el lenguaje común pueden llamarse, en aras de la brevedad, simplemente el espíritu bueno y el malo.

“Discernimiento de espíritus” es el término aplicado al juicio mediante el cual determinamos qué espíritu emanan los impulsos del alma, y es fácil entender la importancia de este juicio, tanto para la auto dirección como para la dirección de los demás. Ahora bien, este juicio puede formarse de dos maneras. En el primer caso, el discernimiento se realiza por medio de una luz intuitiva que infaliblemente descubre la calidad del movimiento; es entonces un don de Dios, una gracia *gratis data*, concedida principalmente para el beneficio de nuestro prójimo (1 Cor. 12,10). Este carisma o don se concedió a la Iglesia primitiva y en el curso de las vidas de los santos, como, por ejemplo, San Felipe Neri.



En segundo lugar, el discernimiento de espíritus puede obtenerse a través del estudio y la reflexión. Es entonces un conocimiento humano adquirido, más o menos perfecto, pero muy útil en la dirección de las almas. Siempre se trata de conseguir, por supuesto, con la ayuda de la gracia, por la lectura de las Sagradas Escrituras, de obras de teología y de ascesis, de autobiografías y la correspondencia de los ascetas más distinguidos. La necesidad de la auto-dirección y la dirección de otras personas, cuando se está a cargo de las almas, produjo documentos, conservados en las bibliotecas espirituales, por cuya lectura podemos ver que el discernimiento de los espíritus es una ciencia que siempre ha florecido en la Iglesia. Se puede citar los siguientes documentos para la historia del tema:

- el "Pastor de Hermas" (1, II, Mand. VI, c. 2);
- el discurso de San Antonio a los monjes de Egipto, en su vida escrita por San Atanasio;
- el "De perfectione spirituali" (cap. 30-33) por Marco Diadoco;
- las "Confesiones" de San Agustín;
- el sermón XXIII de San Bernardo, "De discretione spirituum";
- el tratado de Gerson, "De diversis diaboli tentationibus";
- la autobiografía de Santa Teresa y "Castillo del Alma";
- las cartas de dirección espiritual de San Francisco de Sales, etc

Una excelente lección es la dada por San Ignacio de Loyola en sus "Ejercicios Espirituales". Ahí encontramos las normas para el discernimiento de espíritus y, al estar formuladas de manera clara y breve, estas normas indican un curso seguro, que contiene en germen todo lo que se incluye en los tratados más amplios posteriores. Para una explicación completa de ellas, se pueden consultar los mejores comentarios sobre los "Ejercicios" de San Ignacio, especialmente los del P. Gagliardi y algunos autores como Godínez, López Ezquerro, y Scaramelli que, dejando de lado las otras partes de los "Ejercicios", están claramente imbuidos de la doctrina de ese libro sobre el discernimiento de espíritus.

De las normas que nos han llegado de un santo inspirado por la luz divina y un erudito psicólogo enseñado por la experiencia personal, bastará con recordar las principales. Ignacio da dos clases y hay que llamar la atención sobre el hecho de que en la segunda categoría, según algunas opiniones, a veces considera un discernimiento de espíritus más delicado adaptado a la evolución extraordinaria del **misticismo**. Sea como sea, comienza por enunciar este principio claro, que tanto el espíritu bueno como el malo actúan sobre un alma de acuerdo a la actitud que asuma hacia ellos. Si se coloca como su amiga, ellos la lisonjean; si se resiste, la atormentan. Pero el espíritu del mal habla sólo a la **imaginación** y los sentidos, mientras que el espíritu bueno actúa sobre la **razón** y la **conciencia**. El mal trabaja para excitar la concupiscencia, el bien para intensificar el **amor** a **Dios**. Por supuesto, puede ocurrir que un alma perfectamente bien dispuesta sufra los ataques del **diablo** privada de los consuelos que la sostienen provenientes del ángel bueno; pero esta es sólo una **prueba** temporal cuya superación se ha de esperar con **paciencia** y **humildad**. San Ignacio nos enseña también a distinguir los espíritus por su modo de acción y por el fin que persiguen. Sin una **causa** anterior, es decir, de repente, sin conocimiento o sentimiento previo, sólo Dios, en virtud de su dominio soberano, puede inundar el alma de luz y **felicidad**. Pero si ha habido una causa anterior, ya sea el ángel bueno o el malo puede ser el autor de la consolación, lo cual se puede juzgar por las consecuencias. Como el objetivo del ángel bueno es el bienestar del alma y el del ángel malo, sus defectos o infelicidad, si, en el progreso de nuestros pensamientos todo está bien y tiende al bien, no hay motivo de inquietud; por el contrario, si percibimos alguna desviación hacia el mal o incluso una ligera agitación desagradable, no hay razón para temer. Tal es, pues, es la sustancia de estas normas breves que, sin embargo, son tan admiradas por los maestros de la vida espiritual. A pesar de que requiere una explicación autorizada, cuando se comprende bien, actúan como un preservativo contra muchas ilusiones.

**Fuente:** Debuchy, Paul. "Discernment of Spirits." The Catholic Encyclopedia. Vol. 5. New York: Robert Appleton Company, 1909. Traducido por Luz María Hernández Medina